

Expectativas de la Compañía de Jesús ante la educación superior

Fernández Font, Fernando

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/570>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EXPECTATIVAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS ANTE LA EDUCACIÓN SUPERIOR*

Fernando Fernández Font S.J.**

Estimados miembros del presidium; maestros y maestras; señores y señoras; queridos alumnos y alumnas.

Es para mí motivo de gratitud el que se me haya escogido para dirigirles esta palabra, que quiere ser verdadera, al inicio del ciclo escolar.

¿Es posible seguir soñando? ¿Es posible seguir creyendo y esperando en el futuro y en las personas que serán sus protagonistas?

No es fácil contestar estas preguntas, y menos habría que hacerlo precipitadamente. Sin conocerlos, sin haber estado en Puebla en contacto con la juventud, casi resulta una osadía poder decir algo que resulte significativo; sin embargo me atrevo a hacerlo, pues de alguna manera los rasgos que los constituyen como jóvenes y la problemática que vivimos como humanidad van siendo cada vez más comunes, en cuanto que todos habitamos la misma “aldea global”.

A los jóvenes hoy en día, sin excepción, les está tocando vivir otra época, otro mundo, otra circunstancia en extremo difícil, diferente a la que los mayores vivimos cuando teníamos su edad. Esto produce un estado de ánimo, la *desorientación*, que en principio pudicra parecer

* Texto leído el 15 de agosto de 2003 con motivo del inicio de los cursos escolares de la UIA Puebla.

** Rector del Instituto Lux, León, Gto.

amenazante para quien lo vive, para quien lo sufre; pero que, sin embargo, según Ortega y Gasset —una de las figuras más prominentes del pensamiento español del siglo pasado—, es el *principio del filosofar*. Sólo quien se siente desorientado —nos dice— es capaz de enfrentar auténticamente la búsqueda de la propia existencia.

La *desorientación* tiende a polarizar a la sociedad creando dos grupos: por un lado, está el de quienes se sienten “orientados” y, por ello, con el derecho y la responsabilidad de “orientar”, y obstinadamente tienden a hacerlo; y, por el otro, están los que en principio se sienten afectados por tal desorientación, víctimas de alguna manera de los primeros y en quienes también encontramos una reacción: al ser tratados como “desorientados”, buscan defenderse, pues detrás de la actitud de los primeros, experimentan un juicio destructivo y paralizante: se sienten tratados como “minus habens”, como incapaces de afrontar la vida y sus retos, a pesar de las herramientas que los “orientados” están seguros de haberles ofrecido.

El cuadro anterior reproduce, entonces, uno de los fenómenos más o menos típicos del conflicto intergeneracional, pero que en nuestra época se ha exacerbado de alguna manera sin proporcionar las condiciones para su solución mediante el encuentro y el diálogo: las personas “mayores” —léase “maestros, pedagogos, padres de familia”—denodadamente se obstinan en convencer a los jóvenes de que están perdidos, de que viven sin rumbo, de que “todo tiempo pasado fue mejor” y que, en consecuencia, han de seguir los consejos que esa generación pasada les ofrece; aunque quizá estos mismos pedagogos muchas veces no sean conscientes de la novedad que está apareciendo en el trasfondo de la crisis. En la contraparte está el grupo afectado, que se defiende a ser tratado como un eterno adolescente incapaz de encontrar sus propias respuestas y de ofrecer cosas valiosas; y que, entonces, se lanza con todo para reafirmarse en su condición reactiva, sin abrirse a los posibles aportes verdaderos que presenta la experiencia de la generación anterior, la sabiduría real de los “mayores”.

En todo “cambio de época” la sensación de naufragio es recurrente y las posturas encontradas se exageran, pues la inseguridad provocada lleva a la retracción y a la autoafirmación irracional de cada uno de los actores. Ante esta circunstancia, entonces, ¿es posible imaginar un

posible camino de salida? ¿Se pueden establecer puentes de comunicación? ¿Es posible echar lazos que permitan un acercamiento progresivo para afrontar radicalmente y en bloque el único problema que realmente nos afecta a todos?

En su estupendo *testamento* que intituló *La Resistencia*, Ernesto Sábato habla de la crisis radical que él ve en el mundo entero: nos hemos ido acabando el planeta, apunta; difícilmente podremos reestablecer el daño ecológico y humano que amenaza, como la *Espada de Damocles*, a toda la humanidad y a su contorno ecológico; y, cuando en su descripción todo parece encaminarse hacia la hecatombe final, Sábato concluye sorprendentemente afirmando que él, a sus 90 años, mirando la juventud entrevé un nuevo amanecer, un horizonte de esperanza que nada ni nadie podrá contener. “A la vida le basta el espacio de una grieta –nos dice– para renacer”.

Aunque la condición es “que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera”.

Hoy por hoy, esta es la misma apuesta que la Compañía de Jesús hace al seguir intentando formar a los jóvenes del siglo XXI. Para nada los principios de la filosofía ignaciana descalifican las potencialidades que tiene la juventud; para nada la Compañía piensa que hoy está tratando con “generaciones perdidas”, con muchachos y muchachas sin capacidad de afrontar los retos que el mundo actual les está presentando y de aportar lo fundamental para el que viene. La *desorientación* lo es para todos y ésta no es una desgracia: al contrario, es el motor que nos acicatea para indagar los nuevos caminos de un futuro más solidario; por eso la búsqueda ha de ser común.

La apuesta sigue siendo por los que vienen, por las nuevas generaciones; pero, cierto, en una conjunción de fuerzas, en una tarea común; sólo será posible revertir el proceso entrópico de la humanidad si al ímpetu y creatividad de la juventud se logra sumar la experiencia y sabiduría que da la madurez, los años vividos, la reflexión y conciencia de los antiguos. Y, complementariamente, será posible lo anterior si los mayores también nos hacemos capaces de aprehender en el ímpetu desbordante de las nuevas generaciones el potencial de vida que corre por sus venas y nos están ofreciendo. Cada quien aportando de lo que “tiene y

puede”, según anota san Ignacio en sus *Ejercicios*. Estamos, pues, invitados a tener nuevos ojos para ver los signos de los tiempos que hoy, en medio de la crisis, están posibilitando un nuevo amanecer.

La mística ignaciana quiere seguir ofreciendo razones para vivir, sentido para saber estar en la realidad, utopías para continuar el camino llenos de entusiasmo y plenitud, a pesar de los fantasmas del derrotismo que nos heredó el siglo anterior. Mientras modernidad y posmodernidad se desgarran, nuestro reto es buscar nuevas alternativas que integren en nivel superior lo que de aporte tiene cada época en una nueva síntesis creativa que se ofrezca como tierra fecunda para estos nuevos tiempos que hemos de dar a luz entre todos.

No queremos capacitar sólo en la técnica, en la ciencia, en las habilidades para sacar adelante proyectos individualistas. Nuestra educación superior quiere ser otra cosa, quiere *educar*, comprendida esta palabra con toda la fuerza que tiene su etimología: *educare* nos habla de aquel esfuerzo que busca hacer la Escuela para *sacar del interior profundo del alumno lo mejor que tiene, e impregnarlo con una dirección claramente determinada, con una finalidad utópica*.

Es más que evidente que la Compañía de Jesús quiere *formar*, no sólo *capacitar*, para afrontar los retos que la realidad está presentando actualmente a cada uno según el campo de su especialización; pero quiere definitivamente algo más: quiere que esa *razón instrumental* que ofrece en las aulas tenga también un punto de referencia fundamental, un Norte que la oriente y la guíe. Si hoy seguimos preparando a la juventud mediante nuestras universidades y colegios es porque todavía esperamos una actitud comprometida en nuestros alumnos y alumnas, una visión amplia que rompa el estrecho cerco del individualismo, a fin de que puedan pensar comprometidamente en el otro, en los demás, en el quehacer propio como contribución solidaria a los miles de esfuerzos que hoy por hoy va haciendo la sociedad civil para que nuestro mundo sea, de nuevo, habitable. Queremos y esperamos de ustedes visiones trascendentes, miradas que vayan más allá de las cuatro paredes del mundo liberal que nos habita, queremos hombres y mujeres capaces de colaborar en el Proyecto del Reino, capaces de romper la fuerza demoníaca del consumismo exacerbado, del afán de poseer y dominar más y más en un círculo diabólico sin fin.

Hoy por hoy la universidad jesuita valdrá la pena si nuestros alumnos resultan capaces de mirar hacia abajo, hacia el que menos tiene, hacia el que más necesita. “Ojalá –nos dice el P. General de la Compañía de Jesús– que nuestros alumnos sean capaces de no tomar ninguna decisión importante en su vida sin antes mirar cómo afectará la suerte de los pobres”.

O en palabras del P. David Fernández, asistente del P. Provincial para la Educación:

Nuestras alumnas, nuestros alumnos, los profesores y profesoras, tienen que mirar a las víctimas de este mundo, aun a riesgo de quedar deslumbrados, de suerte que puedan mirar el rostro de ese Dios que, colgado de la Cruz, protesta contra la muerte y defiende lo mínimo que tenemos: la vida. Porque para Dios es el máximo don, lo más valioso que tenemos.

“Un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo –añade Gabriel García Márquez–, cuando ha de ayudarle a levantarse”. ¿Es posible seguir soñando? ¿Es posible seguir creyendo y esperando en el futuro y en las personas que serán sus protagonistas? ¿Vale la pena seguir apostando y gastando la vida porque mejore la suerte de los pobres, porque nuestro mundo sea más habitable para todos? El tiempo nos dirá si perdimos la apuesta o la ganamos; pero de lo que sí podemos estar plenamente seguros es de que esta búsqueda de “orientación”, de que este vivir por un ideal que valga la pena, ya de por sí mismo justifica nuestra existencia y nos plenifica. Tengamos o no éxito, nuestra vida habrá valido la pena.

Concluyo con unas palabras del doctor Pablo Latapí, connotado investigador y pedagogo, con las que magistralmente nos rescata la ilusión por la Utopía:

No es posible pensar (en el Reino) sin poner en movimiento el deseo y la fantasía, y sin que surjan de las sombras los grandes mitos de una añoranza inveterada: el paraíso perdido, el Éxodo hacia la Tierra prometida, el Prometeo que roba el fuego a los dioses y por ello es encadenado, la edad de oro, el estado de naturaleza, el Dorado... o, en las

culturas indígenas, el reino de la flor y el canto donde se enjugan todas las lágrimas –reflejos todos ellos, quizás, de un Reino de Dios anhelado, a la vez futuro y actuante en la historia presente, en cuya búsqueda persistimos obstinados... ¿Qué utopía será la que hoy corresponda a la enorme plasticidad del mundo en este siglo que amanece? ¿Qué desmesura del deseo nos es hoy necesaria para proteger la libertad de los seres humanos futuros?”¹

Muchas gracias

Puebla de los Ángeles
agosto 15 de 2003

¹ Latapí, Pablo; *Las fronteras del hombre y la investigación educativa*. Espiral, Estudio sobre Estado y Sociedad. Vol. IV. Núm. 12. Mayo/agosto de 1998; pp. 81-92